

Inmaculada y Rosa, respectivamente, y corre el riesgo de citarlas como «Sres.» Borrego, Quiles y Saranova, por aquella lamentable pero cierta tendencia que sigue dando a priori por sentado que han de ser señores, y no señoras, quienes escriban de estos asuntos y de otros. Es recomendable dejar las cosas claras.

La bibliografía está incompleta -imposible encontrar a P. Reynolds (1993), A. Ubieto (1974), M. Francia y N. Roselló (1988), P. Guichard (1988) y tantos otros- y mal alfabetizada -Rosselló antes que Roselló, p. e.-.

El formato del libro es cómodo. Su diseño -tal vez demasiado vanguardista, con lo que dentro de unos años se verá anticuado- es idéntico al del de la rábita de Guardamar (Alicante, 1989), a cuya misma colección pertenece, aunque ahora se ha prescindido de encabezamientos, pies de página y decoraciones de los márgenes, lo que era bastante molesto para el lector y caro desde el punto de vista editorial. Quizás haya que estar agradecidos a «la crisis», aunque sea por una vez. Afortunadamente, el papel y la impresión no han bajado de calidad. ¡Bravo en este punto!

Vamos con las ilustraciones. Las fotos en color, pese a su escaso número, nos parecen un claro exceso económico, sobre todo teniendo en cuenta que su función en la monografía es mucho más decorativa y hasta anecdótica que científica. En nuestro ejemplar, la de la página 13 -ya es casualidad- ha salido corrida. Bien las en blanco y negro. Los dibujos son excelentes. Muchos de ellos, si no todos, han sido informatizados. Y eso se ve en que numerosos contornos curvos y líneas oblicuas presentan las típicas «escalerillas» que, cuestiones estéticas aparte, hacen perder definición, cosa tan necesaria en la ilustración arqueológica. Y si bien ello es perdonable en mapas o gráficos, lo es menos en planos o en perfiles cerámicos. Imperdonable del todo en los estupendos análisis de los sistemas decorativos: resultan desagradables a la vista (pp. 123, 125, 130 y 134) o sencillamente inidentificables (p. 131, sobre todo el nº 4).

Nos encontramos, en fin, ante algo más que una memoria de excavaciones: se trata de un modélico estudio de conjunto de un poblado fortificado andalusí almorávid-almohade conquistado, ocupado y transformado por los cristianos; un documento con cronologías muy claras y precisas y que será básico en muchos aspectos para los estudiosos de los períodos «africanos» y de los primeros colonos feudales del Šarq al-Andalus. Sólo esperamos que se distribuya correctamente y que obtenga la repercusión científica que se merece.

JUAN A. SOUTO

FERRANDO FRUTOS, Ignacio, *El dialecto andalusí de la Marca Media. Los documentos mozárabes toledanos de los siglos XII y XII*, Universidad de Zaragoza, Area de estudios Arabes e Islámicos, 4, Zaragoza 1995, 255 pp.

Este estudio, presentado en su día como tesis doctoral en la Universidad Complutense, consta de una introducción breve (pp. 7 a 10), de estudio lingüístico dividido en los epígrafes "grafonomía", "fonología", "morfología" y "sintaxis" desde la p. 12 a la p. 101, que no obvian ningún elemento digno de análisis que

permita un claro conocimiento de los rasgos que definen a la lengua de los mozárabes de Toledo, de tal manera que los objetivos expresados por el autor en la presentación del trabajo se cumplen ya en esta parte de modo sobrado.

Sigue, desde la p. 105 a la p. 200, un glosario que reúne todas aquellas voces que poseen significado específico o usos peculiares en el dialecto mozárabe, constituyendo, a mi juicio, la parte más interesante del trabajo y la que mayor utilidad pueda tener para otras investigaciones.

No obstante el mérito y la utilidad de este glosario, se podría haber obviado la mención de términos que coinciden plenamente con los usos más habituales del AC o del AM y que ya han sido registrados por diversos diccionarios y glosarios. Tal vez en algunos casos, hubiera sido oportuno señalar las similitudes y coincidencias en valores semánticos con otros dialectos próximos o lejanos geográficamente y, también, señalar cuando coinciden o discrepan de usos del árabe por parte de otras comunidades no-musulmanas, se trate de cristianos orientales o judíos. La dificultad que entraña esta última propuesta me lleva a plantearla en el terreno de lo deseable o como orientación para futuras investigaciones.

Los apéndices de las pp. 206 a 255 incluyen índices antroponímico, toponímico, descripción de los documentos, bibliografía y abreviaturas utilizadas en la obra. Se observa en la paginación una cierta falta de correspondencia con lo que se señala en el índice final de contenidos.

La utilidad y necesidad de los índices onomásticos no necesita ser comentada, sin embargo, no entiendo a qué moda corresponde, ni a qué criterio, el presentar las entradas de bibliografía, interrumpiendo el nombre del autor del trabajo citado con el año de edición; este método produce la impresión de que 1946 es el segundo apellido de una persona.

La edición, llevada a cabo con pocos medios imagino, presenta los errores corrientes que introducen los ordenadores en los diversos trasvases de un aparato a otro o de un programa a otro. Aunque se trata de una edición digna a la que hay que añadirle el mérito de que el estudioso sea a la vez cajista e impresor.

Desde el punto de vista de la justificación del trabajo y de su interés, hay que decir que el orientalismo europeo, desde finales del XIX hasta los años cincuenta de este siglo, dió a conocer la mayor parte de la documentación que permanecía en archivos y bibliotecas. Lo esencial de esos fondos es bien conocido y ha sido explotado como fuente por la Historia o la Literatura, pero las ediciones críticas y los estudios lingüísticos han avanzado mucho en los últimos cuarenta años, de manera que la revisión de ediciones anteriores se hace necesaria, así como la explotación de esos materiales en este sentido. La obra de Ignacio Ferrando cumple digna y sobradamente con este cometido.